

te, la marcaron el delicado pecho, arrancándole un grito de dolor y un rechinar de dientes, cuyos ecos hubieran dado escalofríos á los condenados de la dantesca epopeya y de la capilla Sixtina. Pelada y afeitada la cabeza, magullados los músculos, heridos y marcados los pechos, envuelta la majestuosa figura en áspero sayal, entra por las puertas de aquella prisión de mujeres infelices, conjunto tremendo de todas las llagas sociales, depósito de inmundicias que levantaban la conciencia y el estómago; torcedor y potro de todos los tormentos, donde el aire hedía como un sepulcro entreabierto, donde los cancerosos andaban por todas partes, donde un gergón podrido servía para seis enfermos, gangrenados, donde resultaban compasivas y misericordiosas y dulces la agonía y la muerte. Un día quiso la princesa Lamballe verla de parte de la Reina y lo negó la superiora. Otro día le llevaron algún dinero de palacio. Por fin, se escapó una noche. Y al huir, su instinto volvió á conducirla á la tierra de sus padres. En pueblo de provincia no había posibilidad de mantener el incógnito de reo. Se recluyó en una caverna. Allí hubiera muerto de hambre á no haber recordado la condesa de Beugnot que guardaba dinero suyo y haber tenido el valor de llevárselo á la apartada madriguera. De allí se partió á Londres, pero con tal horror á los secretos de su propia conciencia que, como entraran varias personas misteriosas un día en su casa, arrojóse del balcón y rompióse la espina dorsal contra la acera. ¡Infeliz! La acusadora desapareció, pero en este drama terrible quedó completamente roto el antiguo régimen: la monarquía, la corte, la aristocracia, la magistratura y el clero.



CAPÍTULO DÉCIMO-NONO

Los ministros de Luis XVI

o podía evitarse la revolución, he dicho al concluirse los capítulos precedentes, y repito al comenzar este capítulo. Cuando se necesitaba un pensamiento concreto que guiase todos los esfuerzos de resistencia y un objeto determinadísimo á donde con seguridad y calma dirigirse, fluctuaba Luis XVI entre los pensamientos más opuestos y las resoluciones más contrarias. Había que decidirse, ó bien por una defensa desesperadísima de las viejas instituciones en que salieran triunfantes uno de los dos principios en lucha; ó bien por una serie de reformas, en las cuales negasen las concesiones del Rey hasta donde su trono se lo permitiera y las satisfacciones del pueblo no pudiesen llegar hasta las que fuesen incompatibles con los fundamentos de aquella sociedad levantada sobre tres privilegios capitalísimos; los privilegios del Rey, los privilegios del clero, los privilegios del noble. Mas para combatir se necesitaba mejor voluntad que la voluntad de Luis XVI; y para ceder, mayor inteligencia. Teníalas una y otra la Reina en grado máximo; pero, dominadas por la emoción, que tanto ministerio sobre su sexo ejerce y de la inconsistencia en el carácter y en el temperamento, que trae aparejado consigo el dominio absoluto de todas las emociones tiránicas. Para nada se necesita un punto de apoyo tan firme y una resolución interior tan entera como para resistir aquellos innovaciones que anima el espíritu de un siglo y están en la lógica de los hechos y en las fases de toda sociedad. El Rey no tenía idea y resolución alguna; la Reina cien ideas y cien emociones por minuto. Gustábale á éste la política; más por lo que tenía de dramática, de interesante, de propia para conjurar el hastío y entretener el ánimo, divirtiéndolo de otras emociones peligrosas que la Reina debía sentir, seductora circuida de seductores, pero que se hallaba resuelta de suyo á dominar por dignidad y por conciencia, en interés de su marido y de su trono. Pero, en esta capacidad para el sentimiento y en esta rebusca de la emoción, lo que adelantaba obedeciendo á las buenas impresiones, lo perdía obedeciendo á las buenas amigas. En cosa ninguna se necesita huir de arrebatos

de cóleras, de odios sintemáticos, de venganzas personales, de intrigas pequeñas, de tertulias gárrulas, de pasiones fáciles como en política. Quien ignore las artes necesarias para subyugar las emociones, puede consagrarse á cualquier oficio que no sea el oficio de político. Las emociones del corazón cegaban el entendimiento de la Reina, como los vapores de territorio pantanoso ciegan ú oscurecen el cielo y el sol bajo los cuales se dilatan. De aquí, del cambio en las emociones el carácter de ligera que le atribuye la Historia, como de la familiaridad con muchas gentes indignas de su trato, las dudas acerca de su castidad y de su honra inmaculadas. En cualquier asunto se conocía este apasionado temperamento de la Reina. Condenábanla, más que las realidades, las apariencias, como sucedió en la escandalosa causa del collar. Por eso, una visita, un amigo, una representación de teatro, un besamanos, tornábase al influjo de sus emociones para ella, tan por extremo neurótica, y por neurótica, voluntariosa, en difícil negocio de Estado. ¿A quién, si no á su ligereza, hubiera podido en aquella tragedia ocurrírsele contrastar los partidos generados por las disidencias políticas con los partidos generados dentro de su misma corte y de sus mismos salones, por los partidos literarios y artísticos? Bien poco debía irle á la cuitada en que fuera músico superior á Gluk cualquier francés ó cualquier italiano diestro en tal género de composiciones difíciles. Al demonio no se le hubiera ocurrido proteger con tan resuelta protección aquellos libelos teatrales, donde no le dejaban al principio monárquico y sus concordantes hueso sano, y que se llamaban *Figaro* y *El Barbero*, hechos para difundir la revolución universal y los sentimientos novísimos animados por la idea filosófica en todas direcciones. Y, además de hacer esto contra la voluntad expresa de su marido, hiiriéndolo en su carácter de Monarca de la nación y en su carácter de jefe de la familia, sólo al demonio se le hubiera ocurrido representar ella misma el papel de Rosina, que personifica la nación opresa, y hacer representar el papel de Figaro á sus cuñados, cuando Figaro era el pueblo unido á la nobleza para libertar á la nación del Rey absoluto, representado por el tutor, y de la clerecía, representada por el celebrado capellán, cuyos gestos nos hacen desternillar de risa hoy mismo asistiendo á *El Barbero* de Rossini. La verdad es que predominó mucho en los instintos de todos aquellos señores el instinto de suicidio, pues nunca la revolución hubiera llegado de manera alguna donde llegó sin sus provocativas culpas y sin sus irremediables errores

Y si las emociones de la Reina fueron de suyo tan peligrosas, no lo fueron menos, ya lo he dicho, las debilidades del Rey. Y donde resaltaban más sus debilidades era en el nombramiento y designación de sus ministros. Dueño Luis XVI del reino, por la muerte de su abuelo Luis XV, había concebido como pensamiento único y tomado como resolución suprema, que nadie sino él mismo en persona, y por independiente reflexivo acuerdo, nombrara los ministros. Pues en la primer piedra tuvo el primer tropiezo. Recogióse dentro de sí mismo para el difícil nombramiento, y á lo sumo se asesoró y aconsejó

de algunos papeles manuscritos dejados por su padre. En estos papeles se le decía que nombrara un hombre tan experimentado en política, como el sabio Machault, y lo tenía resuelto así, cuando se atravesó el consejo de su tía, la princesa célebre Adelaida, diciéndole que aquel ochentón y escéptico, guardó su influjo para desdorar los demás, dorarse con sus goces y sus lucros él. Buena ocasión aquella de gobernar para sí en medio del éter extendido por las ideas filosóficas que sugerían á cada cual el sentimiento democrático con las incontrastables aspiraciones al derecho, y en medio del espectáculo que ofrecía y de la enseñanza que daba al Nuevo Mundo al fundar la democracia, la libertad, la República, con el concurso de Francia y su nobleza. Todavía hubiese podido retardar las consecuencias encerradas en tales premisas con haber encontrado un ministro nuevo de Hacienda. Pero Necker, á quien le habían caído en las loterías llamadas casualidades dos lotes, uno la reputación de hacendista consumado y otro el favor de la opinión pública, sin haber hecho cosa ninguna para merecerlos, apeló al sistema de los empréstitos, como buen comerciante, y cayó y subió á las oscilaciones de las necesidades palaciegas, cada día más gravosas del esquilmo de tesoro, y menos satisfechas. El otro hacendista de aquel periodo, Calonne, llamado por la necesidad, creía que todo andaba como á pedir de boca, si tenía la Reina contenta, y apelaba también á los empréstitos para gastos tan costosos como la compra de S'Cloud y la cultura de Trianoncito. La primera vez que un sentimiento de suyo tan revolucionario como la cólera del duque de Orleans contra los Borbones y la legitimidad, estallara, ocasionó tal estallido la presentación de tales operaciones de préstamo al antiguo parlamento por el Rey para que las registrara y la oposición del duque á que las registrara el Parlamento. Los ministros de Hacienda, que sucedieran Turgot, no habían hecho más que aumentar los gastos, los déficits, los empréstitos. Y la responsabilidad completa de tal estado recaía sobre los Monarcas, únicamente por haber ejercido poderes omnímodos y gobernado ellos solos. Asustados ante responsabilidad tan tremenda, y necesitando quien la compartiese, además de ayudarlos al requerimiento y busca de recursos, el Rey asesorado hasta entonces por un restricto Consejo formado con escasísimo número de magnates, tuvo que ampliar el número de sus consejeros y de sus auxiliares, y convocar el Congreso de Notables, viendo en él de antiguo lo menos ocasionado á innovaciones y lo más próximo de la monarquía y á la monarquía más semejante. A los Notables, un real Consejo ampliadísimo reveló Calonne lo angustioso de la situación económica. En ciento diez millones de francos excedía el gasto al ingreso desde tiempo inmemorial. Y para ocurrir á estos dispendios excesivos se habían contratado empréstitos por valor de mil doscientos cincuenta millones. No se podía emprestar más, ni se podía tampoco exigir más cantidad de tributos al pueblo; ni gravarle con cargas nuevas. No había más remedio que pedir pechos á los exentos de pechar, al clero y la nobleza. Cuando los exentos vieron cernerse tal amago de obligación inesperada, comenzaron á gritar como si les arrancaran las carnes internas de los hue-

sos. Necker publicó una Memoria en defensa propia y acusación de Calonne, diciendo cómo no se le podía imputar el déficit. En éstas revolviéronse todos contra el pobre ministro acusado, quien debió irse del gobierno y del país poco menos que huído. Sin embargo, dejó dos tributos propuestos, uno de papel sellado y otro de contribución territorial. Como el papel sellado gravaba mucho al pueblo y la contribución novísima mucho al patriarcado, el Consejo de Notables y el parlamento de París consultados, dijeron que para la votación de pechos nuevos precisaba convocar los Estados Generales; y preciso que se presentara el Rey en persona delante de la Cámara parlamentaria parisiense para conseguir el registro como leyes del papel sellado y del impuesto territorial. En castigo á estas resistencias, fueron desterrados todos los Notables y todos los parlamentarios de París; más despidieron la flecha del partido proponiendo la reunión de los Estados Generales, propuesta secundada por todos los parlamentos de provincias, decididos á no pagar aunque lo decretasen mil Asambleas de Notables y mil Cámaras de París, como no fuese convocada y reunida toda la nación. A tal clamor de la opinión pública no hubo más remedio que despedir al desalentado Lomenil, dándole por consejo de éste mismo, como sucesor, al célebre Necker. Si no hacen esto último, la revolución que había estallado, en sitio de suyo tan pacífico, cual Grenoble; cuando entonces para toda Francia Necker tenía en el ministerio de Hacienda una condición muy favorable: haberse con arte y ciencia enriquecido, sacando de una banca, donde fuera con cien escudos de jornal, cien mil de renta. Las gentes dadas á generalizar, imaginaban que, según supo enriquecerse á sí mismo, sabría enriquecer también á la Nación. Juntaba con este práctico talento de allegar muchas riquezas otro muy estimable, como el talento de hablar y escribir á maravilla. Juntaba en este talento de escribir á maravilla su origen plebeyo y los comienzos modestos de su alta fortuna que lo hacían abajo popular. Más adolecía de tres laeras muy peligrosas; por su religión era judío, por su cuna ginebrino, por su oficio diplomático. Pero se las compuso de suete que, habiendo empezado por adular al primer ministro. Maurepas, quien lo nombró para director de Hacienda, concluyó por alzarse con todo el Ministerio. Cierto que los católicos protestaban y el clero dirigía observaciones muy apremiantes al Rey; pero Maurepas les decía que si los obispos le facilitaban los medios de ocurrir el déficit, él nombraría cualquier ministro de Hacienda porpurados. Pero, al fin, tuvo que salir Necker á empuje de tales influencias y no volvió hasta que fracasara Lomenil, por no haber sacado ni á la Asamblea de Notables, ni al Parlamento de París, aquella contribución indirecta de papel sellado y aquella directa de impuesto territorial, tan odiosa de suyo al pueblo la primera, y tan odiosa de suyo al patriciado la segunda. Después de tal fracaso, así como Colonne se fué primero á Holanda y después á Inglaterra, se fué Lomenil al fondo de Italia. Necker se quedó, pues, dueño del campo, y fué segunda vez ministro. Su principal obra, ya lo hemos dicho, fué la convocación de los Estados Generales. Todas las plagas posibles caían sobre la corona.